Tomo XIII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 21

San José, Costa Rica 1926 Sábado 4 de Diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Poetas y oradores

=De *El Sol*. Madrid=



Por

RAMIRO DE MAEZTU

Comprendo que el benemérito Don Avelino Gutiérrez no quiera que se le envíen a América poetas y oradores. Si poeta es el que busca admiradores para sus pequeños egoísmos, en fuerza de aconsonantar palabras remilgadas; si orador es el que puede pronunciar en un banquete, con énfasis y sin tropiezos, 150 palabras por minuto, y sin tener cosa alguna que decir, se comprende que un hombre honrado no sepa lo que hacerse con ellos. El protagonista de *Todo un hombre* no distinguiría entre el tropel de ruiseñores y la camada de michinos. Pero en la primera asamblea de Ginebra pude ver el efecto que una voz de orador producía en las Delegaciones hispanoamericanas. Habló Viviani, su causa no era generosa, pero sincera sí, y su palabra de orador genuino hizo que nuestros hermanos trasoceánicos sintieran como propios los rencores de Francia. Entonces me puse a concebir lo que podría hacer un Castelar que sintiese como propias las tierras de América, y tocase a rebato a los pueblos hispánicos, amenazados de mediatización. Lo que puede hacer un poeta lo sabemos ya por experiencia. Se nos vino Rubén el 98, y con todos los vicios y pecados del hombre, aún pudo legarnos, para unir a los pueblos de nuestra habla, su *Salutación del optimista:*

¡Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda, espíritus fraternos, luminosas almas, salve!

Poetas y oradores deberán ser también, y sobre todo, profetas, que son los que hablan por otro: la voz del porvenir. ¿Cree D. Avelino que quebrarían los Bancos españoles si sus gerentes escuchasen la voz de los profetas? Pues no quebrarían, porque entonces preferirían estudiar los negocios que se les proponen, y las personas que se los proponen, a jugar en la Bolsa para alcanzar ganancias de hoy, que son pérdida de mañana. Al cabo, en el porvenir, en el futuro, no prevalece más que el bien, porque lo bueno es eso, lo que tiene condiciones de supervivencia, porque es la sustancia de eternidad del mundo. El día de hoy es Pan, o sea zumo de uvas y pechos de mujer. Pero el mañana es para el que hoy atiende a los profetas. No quebrarían nuestros Bancos si se les escuchase.

Estas cosas las sabían perfectamente los antiguos. Se habían criado en las orillas del Mediterráneo, sobre unas tierras cuya riqueza no es nunca espontánea, como la del noroeste canadiense o el centro de Rusia, o la pampa argentina, o la gran selva suramericana, tierras generalmente montañesas y tan secas que son estériles sin riego, o se empantanan cuando son llanas. Sólo la previsión y el saber pudieron hacerlas aptas para alimentar densas poblaciones. Antiquísimas obras de ingeniería desecaron la llanura de Beocia y el pantano de Lerno, en el Peloponeso, abrieron camino al mar a las aguas de los valles cerrados del Asia Menor y de Grecia, regularon el curso de los ríos, tendieron caminos entre las montañas de Cilicia. Siglos de experiencia se condensan en los consejos que da Hesiodo en su libro sobre *Los trabajos y los días*, y cuatro siglos más, naturalmente, en los que contiene el tratado de agricultura de Catón el Censor. Un distrito olivarero de Túnez sostendrá 150.000 almas en 600 kilómetros cuadrados, pero las tierras en torno suyo no alimentan arriba de cinco o seis personas por kilómetro.

El olivo es el símbolo de la previsión. Desde el día en que se planta el árbol, han de pasar de diez y seis a diez y ocho años antes de que empiece a producir beneficios, diez y siete años de trabajo improductivo. Verdad que luego no cesa nunca de dar sus aceitunas. En Turquía hay olivos que cuentan dos mil años, y en la Toscana se asegura que algunos árboles datan de los tiempos de Plinio. Por eso la Antigüedad creía que la sabiduría divina alimentaba a los hombres y a los pueblos. Algunas obras hidraúlicas se atribuían a Apolo, otras a Hércules. El hombre, en los tiempos de San Pablo, se creía incapaz de las empresas que sus mayores habían realizado. Tenía razón, en cierto modo, porque ya había comenzado el empobrecimiento de las tierras del Mediterráneo oriental, semidesiertas ahora, cuando tan llenas de ciudades hace dos mil. Fueron ricas, en suma, cuando sus hijos escuchaban la voz de los profetas, que les hacían sacrificar el anhelo del día a la perspectiva del mañana. Se empobrecieron, cuando los hombres dejaron de oír a los profetas, y no pudieron resistir sus ansias de placer o de molicie.

Catón, que era un verdadero profeta, porque era orador de primer orden, decía que el hombre admirable, divino y digno de verse registrado en las listas de la gloria, era el que pudiera demostrar, con sus cuentas, que había doblado, cuando menos, la herencia de sus mayores. Esta es una afirmación que Plutarco repite, pero que no le gusta nada, porque un ser como Catón, que se contentaba con un plato de nabos, y que prefería cocinarlo en persona, mientras que su mujer cocía el pan, no debía, a su juicio, escribir libros sobre la manera de enriquecerse, porque la austeridad no debe servir, según Plutarco, más que «para librar la mente del deseo de las superfluidades y de las ansiedades del cuidado». Sólo que en esto Plutarco no es buen guía, porque es un decadente. El decadente, es decir, el michino, es el que no mide el dinero sino en términos de placer. Catón, el varón fuerte, es decir, «todo un hombre», es el que aprecia el dinero por sus capacidades de poder.

Los profetas, poetas u oradores, eran en la Antigüedad los que inducían a las multitudes a sacrificarse para el porvenir, con lo que las hacían vivir en la prosperidad. No eran ellos, probablemente, los que inventaban las obras hidráulicas ni perfeccionaban los cultivos. Esta ha sido siempre labor de los científicos, y fuera locura pedir a los profetas que sustituyan a los ingenieros agrónomos o a los de caminos, canales y puertos. Pero el dictamen de los ingenieros es insuficiente para mover las voluntades. Hace mucho tiempo que sabemos que las obras hidráulicas producen en España, término medio, un interés de cien por ciento. ¿Por qué no se ha realizado ya todo el plan de obras públicas? No se diga que es por falta de dinero. A pesar de todas las guerras pasadas y presentes, nos habrían sobrado los capitales con que rematarlas, si hubiéramos sacrificado para emprenderlas siquiera la mitad del dinero que se derrocha en tabaco, o en alcohol, o en lotería. La ciencia nos dirá lo que nos conviene, pero la obtención de nuestra conveniencia supone el sacrificio de nuestros hábitos, de nuestros vicios o de nuestra pereza. La ciencia nos dirá lo que es verdad, pero el amor a la verdad no nos lo infundirá el científico, sino por lo que tenga de orador o de poeta. La ciencia nos nos mostrará la luz, pero aún hará falta que alguna voz nos mantenga despiertos, para que no cerremos los párpados bajo la capa tendida en el suelo.

De nada, D. Avelino, de nada necesitamos tanto los pueblos hispánicos como de las voces del mañana, que nos hagan aprovechar, sacrificar el día de hoy.

Libros de caballería

Para don Joaquín García Monge, incansable propagador del libro.

En el Museo de la Sociedad Hispánica, situado en Broadway y la Calle 156, del que ha poco hiciera mención en una crónica que comentaba la reciente Exposición Sorolla, hay una sala que tiene, para nuestra indiosincracia romántica, un especial interés.

Se trata de la que guarda unos cuantos ejemplares, auténticos y perfectamente bien conservados, de libros de caballería; de aquellos mismos que consumiendo gran parte de la hacienda y todo el seso a don Alonso el Bueno, le convirtieran de sosegado hidalgo en andante caballero, y le llevaron en busca de aventuras por los campos de Montiel.

Estos libros se ofrecen a la admiración del visitante junto a tesoros igualmente valiosos: trozos de mármoles antiguos, estandartes medioevales, cartas geográficas de la misma época, biblias muzárabes, ediciones de los clásicos, y enormes misales de góticas letras iluminadas.

De tantas cosas bellas, tengo para mí que la más interesante es esta colección de libros. De sus páginas llenas de hazañas fabulosas se nutrieron las inteligencias de generaciones que sintieron por lo heroico un culto sólo igualado al que les inspiraba lo divino, y en ella se fortaleció su corazón, pronto siempre a cualquier empresa legendaria.

Cada aventurero que seguía el pendón invicto de España, iba tras un sueño de gloria, quizá confuso en algunos por su poca cultura, pero grande en todos, grande como para igualar al menos los hechos de los paladines cuya fama cantaba el romancero.

Mas el mérito principal de estas obras es el de haber dado, en cierto modo, origen a la definitiva de Cervantes, pues el Quijote, sátira contra las historias de caballerías, puso fin a ellas y dió principio al género novelesco moderno.

Y ahora, como repitiendo, aunque con mejor intención, la visita del Cura y el barbero a los estantes de la biblioteca del ilustre manchego, veamos los libros. Son los siguientes:

Primero de todos, el *Amadís de Gaula*, impreso por Antonio de Salamanca en 1519; este es el volumen que el licenciado apostrofaba como padre de todo su género, y que sin embargo, perdonara del fuego gracias a la mediación del barbero.

Y luego, el *Palmerín de Oliva*, impreso en Sevilla por el salmantino Juan Varela, en mayo de 1525; libro del que dijo el Cura que: «así tal Oliva se hiciese rajas y se quemase, y della ni las cenizas quedasen»...

El *Reinaldos de Montalbán*, impreso en Salamanca en 1526; y por último, el *Orlando furioso*, impreso en Medina del Campo en 1572.

* * *

Pocos son, pero muestra exacta del estilo que tan en boga estuviera, llegando hasta a provocar el enojo y la persecución de las autoridades civiles y religiosas. Pensando en ello, quizá nos sonreímos al ver con qué manjar tan sencillo se nutría la mente del público de entonces; mas teniendo en cuenta la literatura moderna, especialmente las novelas de folletín, algunas de las cuales son trasladadas al cinematógrafo, realizamos que en verdad la masa de los lectores no cambia mucho a pesar de los siglos.

Si Cervantes decía que las razones que en los libros de caballerías los paladines daban no las entendería ni Aristóteles si exprofeso para ello sólo resucitara, y si le parecían y en realidad eran los sucesos narrados «tan desaforados disparates, enlazados sin ningún discreto artificio», ¿qué decir de estos novelones estúpidos que aún hoy en día aparecen en muchos de los periódicos importantes de las principales capitales del mundo, o llenan la mitad del espacio en las vitrinas de las librerías?

En verdad, si a ejemplo del ama fuésemos a hacer una hoguera para quemar tales obras, apenas conseguiríamos combustible suficiente... y eso que en el arte de dar fuego hemos avanzado de un modo positivamente satisfactorio!

Viendo estos libros, predilectos de don Quijoje, y en este sitio, tan propicio para el ensueño y para la evocación de aquellos siglos, y especialmente para la evocación de la España gloriosa en cuyos dominios no se ponía el sol, y digo especialmente por estar esta sección del Museo llena de tesoros históricos hispánicos, se siente una como vaga nostalgia de haber llegado tan retrasado a la vida, un deseo pueril de haber vivido entonces, y haber formado parte de la

invicta orden de los caballeros andantes, cuyo Gran Maestre será por los siglos de los siglos el ilustre hidalgo de la Triste Figura...

* * *

Otros libros

Junto a los ya mencionados, hay muchos otros libros, de un valor igual o mayor, a saber:

El Quijote. Un ejemplar de la primera edición, impresa por Juan de la Cuesta en 1605, y cinco ejemplares de las ediciones siguientes, hechas en Madrid, Valencia y Lisboa.

¿Qué decir de este libro único, *Biblia profana española*, como Azorín lo llamara? Lugar común fuera repetir comentarios trillados y elogios sabidos; cabe sólo meditar una vez más en el alcance enorme de esta obra, pintura fiel de la humanidad, con todo lo que tiene de ridículo y todo lo que tiene de divino; sentir hondamente la realidad de esta concepción inmortal. Contemplando este ejemplar de la primera edición, nos parece ver a su autor con ella en las manos, hojeándola pensativo, dando tregua a sus inquietudes y penas continuas para imaginarse al enjuto hidalgo en nuevas y nunca vistas aventuras, ajeno de seguro a que esta obra, que el no consideraba la mejor suya, habría de eternizar su nombre y de vivir para siempre, en el corazón de los hombres...

Ver este libro, cuyas páginas se han tornado amarillentas con los siglos, causa la misma impresión de recogimiento, casi de veneración, que producen los lienzos de Velázquez, de Rembrandt, de Murillo, de Rubens, las copas cinceladas por Cellini, los trozos de mármol en que se ve el movimiento palpitante de la vida, aprisionada ahí por un Fidias o un Miguel Angel... Porque en todas estas cosas, hay algo en común, algo que las iguala ante nuestra mirada y las ensalza ante nuestra admiración: su belleza inmortal, manifestada en la armonía del color, o en la armonía de la línea, o en la armonía de la palabra, por el genio...

* * *

Luego, ved aquí el libro del «Paso honroso» sostenido por el valeroso caballero don Suero de Quiñones; compilado por fray Juan de Pineda, religioso franciscano, y dedicado al muy ilustre señor don Manrique de Lara, Conde Valencia, e impreso en Salamanca por Cornelio Bonardo, en 1588.

Yo no sé si conocéis este rasgo heroico del tremendo don Suero: se trata de un desafío que lanzó a cuanto noble caballero quisiese contender con él en singular pelea, y la crónica cuenta que luchó contra temibles adversarios venciéndolos a todos.

Cabe aquí añadir que en esta misma sala del Museo se encuentran las estatuas yacentes, en mármol, de don Suero y de su tercera esposa, doña Elvira de Zúñiga, hija del Duque de Béjar, hechas por Pompeyo Leoni en 1560.

Es de notar que el famoso paladín está con los ojos abiertos, como pronto a un nuevo combate, y viéndole al lado de su dama, se me ocurre pensar si saldría tan airoso como de los de lanza y espada de sus torneos conyugales...

* * *

La *Crónica del Cid*, hecha por Fray Juan de Velorado, Prior de la casa de San Pedro de Cerdeña, de la Orden de San Benito, por encargo del infante don Fernando, nieto de los Reyes Católicos.

¡El Cid! El Cid es la otra figura legendaria de España. El Cid quiere decir el valor, la caballerosidad, todas las virtudes del hombre completo. Díaz de Vivar y don Quijote van juntos por el campo epopéyico, y si las hazañas de don Alonso son sólo nacidas de la fantasía del escritor, dales la prosa en que son narradas carta suficiente para que puedan ir al lado de las del Campeador...

Compláceme la visión de ambos paladines, unidos en una como mística hermandad, dialogando de descomunales peleas por los campos de Castilla, a lomos del famoso Babieca y del no menos notorio Rocinante...

¡Oh noble Madre España! Hijos tuyos son el Cid y don Quijote... Hijos tuyos, y hermanos nuestros, prontos siempre a darnos con su ejemplo la enseñanza del valor, de la caballerosidad y de la fe, virtudes por excelencia hispanas, que con tu sangre nos preciamos de haber heredado, don valioso que bastara a resarcirnos con creces cuantos tesoros pudieras habernos arrebatado en los siglos de incomprensión que presenciaron la Conquista...

* * *

Ved ahora: el *Doctrinal de Caballeros*, por Alfonso de Cartagena, impreso en Burgos en 1479; los *Fueros de Valencia*, impresos por Lambert Palmart en 1482; la *Crónica de Alfonso XI* (Valladolid, 1551); las *Siete Partidas*, (Sevilla, 1491) monumento de la literatura española; la *Crónica de Jaime I de Aragón*, impresa en Valencia en 1557 por la viuda de Juan Rey; y por último, varias ediciones de las obras de Aristóteles, algunas salidas de los talleres del conocido Juan de Cuesta; los *Comentarios* de César, (Toledo, 1498) y libros religiosos, biblias en hebreo de los judíos españoles, de aquellos que la intolerancia y el fanatismo expulsó de la Madre Patria.

* * *

En verdad, quien esté interesado en libros, encontrará aquí material suficiente para admirar y sobre el cual escribir más de lo que yo he podido, pues la afición no es sinónimo de la competencia; y sólo he querido dar una ligera impresión de estos tesoros, que son ignorados o pasan desapercibidos por muchos de los visitantes.

Para terminar, quiero hacer mención de una valiosa colección de autógrafos que en una preciosa vitrina se exhiben: Primero, una carta en que el Papa Alejandro VI, (Rodrigo Borgia) envía su bendición a los Reyes Católicos, fechada a 18 de junio de 1494; una carta del Duque de Alba a Felipe II, de 1577; una carta de Felipe IV a su hijo el infante Baltazar Carlos, y finalmente, una carta del Emperador Maximiliano II a Catalina de Médicis.

* * *

Libros de Caballería, pergaminos conventuales, mármoles bellos, autógrafos de Papas, Reyes... Todo ofrecido a la admiración del público en una sala en que la penumbra pone un tono de confidencia en el ambiente, y en que el silencio retrotrae milagrosamente el tiempo, hasta hacer olvidar la hora actual, febril y dominadora...

Esto es una visita al Museo de la Sociedad Hispánica. Quiere decir, un baño de ensueño, si así puede denominarse, en que el alma, fatigada por el torbellino de esta ciudad babilónica, cobrará nuevas fuerzas por la gracia divina de la belleza, como reviviendo, a través de los siglos, la leyenda amable de la helénica fuente, cuyas aguas, por concesión de los dioses, realizaban un beneficio semejante...

RUBÉN YGLESIAS

Nueva York, abril de 1926.

Página lírica

de Pacho Valencia

Panamá, octubre 25 de 1926.
Apartado postal, 981

Señor don Joaquín García Monge,
San José de Costa Rica.

Mi querido don Joaquín:

Le adjunto varias poesías del literato colombiano Pacho Valencia. No necesito encarecerle que las publique. La lectura de ellas será la mejor recomendación para insertarlas en la *Página Lírica* del Repertorio.

Como usted sabe, Pacho Valencia es uno de los primeros poetas de Colombia. Sin hipérbole, puede figurar en las letras neogranadinas junto a su popayanejo homónimo de apellido, el insigne autor de *Los camellos*. Aún no ha editado Valencia ningún libro de poemas. Temperamento de *élite*—Rodó lo habría clasificado entre «los que callan» —viendo en sus rimas algo muy íntimo, las oculta codiciosamente. Tiene la fruición de la pátina... Sin embargo, urgido por las solicitaciones de la admiración y de la amistad, ya empieza a reaccionar en su congénito desdén a la notoriedad. (Yo lo estoy animando a que enriquezca *El Convivio...)* El espíritu huraño de Valencia no ha impedido, con todo, que se le haga justicia y que este bardo de las comarcas de Santander del Norte, convirtiendo en paradoja el doliente axioma evangélico, haya sido, desde el principio, profeta en su propia tierra.

El crítico y polígrafo bogotano Eduardo Castillo lo compara con Teodoro de Banville en párrafos certeros y efusivos que valen por un espaldarazo. Villaespesa, a su vez, que fué a Colombia con el ánimo obsedido del experto joyero que busca esmeraldas en las minas de Muzo, ha refrendado la equitativa sentencia de Castillo, considerando a Pacho Valencia «originalísimo, fuerte y sano como sus montañas santandereanas». Si Castillo acierta al constatar la potencialidad verbal de Valencia, el lírico español define con justeza al magnífico bardo neopamplonés. Glosaré los tres adjetivos que a su camarada colombiano dedica el famoso resurrector de las pompas moriscas del Alcázar de Sevilla:

Pacho Valencia es *originalísimo*, en verdad. Nacido en región ubérrima que no ha menester de nitratos, el poeta santandereano tampoco necesita de estimulantes: le sobra con el propio humus. Los ritmos de nuestro lirida revelan su alma, a la manera que el vino añejo reproduce inconfundiblemente el rancio sabor de sus odres intensos. Hace poco me decía «Pacho» que, aunque ha tenido varias predilecciones, desde Anacreonte y Horacio hasta José Asunción Silva y Rubén Darío, él esquiva la sugestión preclara de sus artífices tutelares. Escribe solamente cuando se siente en su *cuarto de hora*. Y a fe que así es. Su poesía no conoce los secretos de la alquimia...

Vate *fuerte*, nunca en su alma aminora la tensión. Si escogiera *ex-libris*, el arco que describen las inagotables gemas líquidas del Tequendama, sería adecuado símbolo para su blasón. Cuando parece que su poder creador se ha agotado, brotan de súbito nuevas y abundantes cosechas enjundiosas.

Aeda *sano*, trasmite a sus estrofas el exceso de salud de los que reconfortan su organismo bajo los soles vigorizantes y alegres de las Sabanas Colombianas. «El autor de *Azul*—dice Eduardo Castillo—habría incluido a Pacho Valencia en el grupo de amables «poetas risueños» a quienes «habla el sagrado corazón de las rosas». Jamás cantor alguno fué menos romántico y sensiblero que éste. El «mal del siglo» con sus acedias dolorosas, sus aspiraciones a lo imposible y su consiguiente tanatofilia, le es totalmente desconocido. La risa tonante que pasa a través de sus estrofas haría huir a todos aquellos fantasmas impuros, hijos de la neurosis y la locura». Pletórico de savia espiritual, quizás de ahí procede el paganismo del esclarecido autor de *Liturgias de la Tierra;* tal vez de ahí proviene el nórdico humorismo que resuman sus estrofas joviales. Sintiendo la energía superabundante que late en el planeta, su espíritu retoza ante el dionisíaco espectáculo de la Naturaleza y querría confundirse con la madre que le ha trasmutado sus fuerzas primaverales. Este poeta panteísta, que gusta de adornarse con los pámpanos báquicos, anhelaría trocarse en la viña que le ofrendara sus atributos mitológicos. Y prematuramente nos ha declarado en su soneto *Eutanasia* su última voluntad:

> Transfundido en las uvas, seré ligero y fuerte.
> Con este buen preámbulo y una copa de vino,
> se irá dichosa el alma de brazo con la muerte.

Reverso del paganismo de Pacho Valencia, de lo que él ha bautizado con el sugestivo nombre de «Pantofilia», es su misticismo, que lo ha llevado a invocar devotamente a la Madre de Jesús:

> Yo vengo de la tribu que malgastó en el predio
> de Belcebú sus dones; clavados traigo en medio
> del corazón los siete puñales del dolor.
>
> Contrito estoy y triste. Quedaré salvo y sano,
> si tú, Consoladora, me llevas de la mano
> al dulce valle místico que verdeció de amor.

El alma del *Ultimo Felibre* recuerda, a este respecto, aquellos templos clásicos que, tras de haber propiciado bajo sus bóvedas solemnes el culto sensual de las vestales, vieron sustituídos los histéricos arrebatos de sus sacerdotisas por los líricos arrobamientos de la parvada monjil. Porque es pagano y místico, Valencia nos ha dicho que posee «alma duplex» y para probar en sus versos tal modalidad síquica, plácele mezclar sus tendencias paganas con sus nacientes predilecciones religiosas. En su poema *Sugestiones* hay un toque:

> Violetas pudorosas
> que tenéis un divino
> temor a los desmanes de las rosas...
> Así debió de ser Santa Teresa
> de Jesús: imagino
> que a violetas olía la abadesa.

Pero ello no significa que Valencia reniegue de su paganismo para convertirse absolutamente a la doctrina mística. Hay en el Norte de la América del Sur un río, el Casiquiare, que tributa alternativamente su caudal en las hoyas del Orinoco y del Amazonas. Valencia es un Casiquiare... Cuando me favorece con el privilegio de escuchar sus estrofas, no sé por qué asociación vienen a mi mente los nombres de Juliano el Apóstata y de San Agustín... El metrónomo poético de Pacho Valencia, pagano sensual y monje austero, fluctuará siempre entre ambos extremos. Y antes de que el bardo se metamorfosee, según su aspiración recóndita, en la planta

que considera su dios penate, hemos de ver resucitado en él al Don Juan de Covadonga, de José Asunción Silva, que, ya en el convento en que esperaba descubrir reposo invariable y reparador, siente todavía lo que Renán denominaba «nostalgia del campo contrario»...

Este es Pacho Valencia, varias de cuyas producciones, como atinadamente asienta el ya citado Eduardo Castillo, «tienen la entonación galante de un madrigal almizclado compuesto en el siglo XVIII por un abate finamente libertino». Este es el poeta que mis andanzas de desterrado me han deparado la fortuna de conocer y admirar. Este es quien ha escrito los poemas que, para deleite de los lectores, ha de insertar usted en el REPERTORIO, a la manera que, después de concluida la clase, los viejos maestros daban *colaciones* a sus embebecidos discípulos... Si, como confío, los versos de «Pacho» despiertan entusiasmo en los alumnos de la «Institución Espiritual» de que es usted Rector, grato me será enviar a usted otra apetitosa remesa del amigo inapreciable, que es Cónsul General de Colombia en Panamá y Embajador de la patria de Miguel Antonio Caro y de Jorge Isaacs ante los hombres de letras de nuestra Raza.

Lo abraza su afmo. admirador y amigo,

JORGE GMO. LEGUÍA

Buen humor

Tenemos de reirnos de muchas cosas buenas
—buenas, según los tontos de los alrededores—
y de honrar muchas malas—malas según doctores
amarillos del ácido que les corre en las venas.—

Hay Buen Humor que sabe tornar en curvas llenas
de la gracia de un flanco de mujer los mayores
ángulos agresivos, risa de burladores
que matan a sonoras carcajadas las penas.

Tratemos con la risa del Buen Humor las cosas
forjadas con malsanos designios por la gente
que gira en torno nuestro con bocas espumosas.

Formémonos un tórax fortalecido y ancho
donde quepa por modo gentil y holgadamente
el buen humor sabroso de Rabelais y de Sancho.

La visión de los helenos

Vagaban una vez los más gloriosos
cantores de la Grecia por la margen
del nativo Archipiélago. Llovían
del cielo sobre el monte y sobre el agua
vivas rosas de luz. Se recogieron
los mancebos, febriles, a la sombra
de una viña en sazón y con las uvas
refrescaron sus labios. La suprema
serenidad del día, los temblores
del seno de la Tierra, recibidos
en la delicia de la vid, tocaron
el fondo de sus almas y entre todos
el más fuerte, el más bello, Anacreonte,
vibrador como un arpa, irguió la diestra
y un dón precioso demandó al Olimpo:

La posesión del Ideal.
Subía
la súplica a los Dioses como ascienden
las palomas al nido...
Libre y casta,
sencilla y formidable en la frescura
inmortal de su ser, Anadiomena
surgió del mar entonces y los Griegos
gozaron sobre el seno de la diosa
de un sueño en que rondaban por sus frentes
musicales los pájaros azules
del Arte, del Amor y de la Vida.

Dualidad

Yo tengo una alma dúplex: ayer en mi camino
lloré sobre los brazos de una cruz de madera,
y otro día en la fuente que fluye en la pradera
me conturbó la forma de un flanco femenino.

Yo tengo una alma dúplex: el alma del Rabino
que dijo la parábola bajo la verde higuera,
y el alma tumultuosa de Pan, que en la ribera
les ofreció a las ninfas exámetros y vino.

¿Qué anhela el alma mía? ¿Subir por el Calvario
a la Ciudad que guardan con su poder los sellos,
del libro que abrió el dulce Cordero del Santuario?

¿O marchar con su flauta, por la ruta armoniosa
de Eleusis, enlazados con yedra los cabellos,
a compartir el tálamo nupcial de alguna diosa?

Santa locura

«Trabaja, come y duerme: las tres operaciones
capitales. Es todo». Así manda el banquero
Sancho Panza. Y en veces esto es lo más certero,
a no dudarlo, máxime las buenas digestiones.

Mas oh!, Santa Locura, cuartel de los blasones
de azur de Don Quijote, qué fuera del sendero
de la vida sin gestas del bravo Romancero,
sin ensueños, sin risas, sin llantos, sin canciones...!

Vierte siempre en mi copa gotas envenenadas
de tus vinos, Locura: por aguas del Sentido
Común no pasan góndolas del país de las Hadas,

y el sol brilla con rayo más noble en las palestras
a donde van los locos, esos locos que han sido
los grandes forjadores de las obras maestras.

Doctores de férula y silicio

Vuestros libros atedian, mercaderes de alquimia
picante de amargura. Sois acogotadores
de nucas femeniles y teméis los fulgores
del sol que le previene la vid a la vendimia.

Para burlar la bruja que os puso tánta nimia
caquexia en el cerebro, conoced los clamores
del bosque matutino y aprenderéis valores
de fuerzas generosas y de verdad eximia.

Idos por el sendero de la luz a los mares
del amor y la vida, metodistas del llanto
filosofal, mandrágoras marchitas de pesares,

y allí cabe el milagro sin par con que conjura
la Tierra a sus creyentes, habréis de dar un canto
que sepa a sangre roja y a jugos de locura.

Leyenda de la ciudad de los sueños

Cuentan crónicas viejas cómo una mariposa
que volaba en un viento sutil de primavera
pasó por el cercado de un montañés que era
sencillo y que decía sus plegarias en prosa.

La mariposa fúlgida pasó como una rosa
movida por los genios, pasó de tal manera,
que arrebató al fornido gañán a una ribera
en que existe una vasta ciudad maravillosa.

Era en el plenilunio. Vibraban argentinas
campanas en los vientos y se veía un mudo
desfile de doncellas rondar por las colinas,

mujeres que, con labios ungidos de beleños
ideales, besaron al gañán—que no pudo
abandonar ya nunca la Ciudad de los Sueños.

El beso del retrato

Estaba de pie muy pálida
delante del tocador,
se puso el corsé de raso,
una falda de un color
crema y lis, y en el cabello,
una cinta y una flor.

Se puso polvos, perfume
de opopónax, y un collar
de perlas—según un bardo
en el fondo de la mar
fabricado en los talleres
de un caracol singular—

Bajo la luz tembladora
que desparrama el quinqué,
sobre una mesa a la antigua
de recio nogal, se ve
un retrato desteñido
de un color de rosa-té.

Tendió la mano, en los ojos
le resplandeció la luz
de un recuerdo inextinguible
y con su labio andaluz
sobre el labio del retrato
trazó la hermosa una cruz...

Horas después en el baile,
al compás de un rigodón,
sentía que el beso frío
del retrato de cartón
le bailaba un baile lleno
de angustia en el corazón.

Los pareados de tu persona

Si el vuelo de mi Musa veraz no me abandona,
diré los pareados que tiene tu persona,

persona palpitante de ritmos tan soberbios,
que temo por mi dulce tranquilidad de nervios...

Tienes un pareado productor de sonrojos,
gran revolucionario y anarquista, tus ojos.

Bajo el cabello muestras dos versos peregrinos
como dos sonrosados caracoles marinos.

Tus labios son dos rimas a la manera rara
predilecta del gusto de Don Juan de Mañara.

Un par de alejandrinos, tus brazos, son galana
muestra de lo que puede la musa castellana.

Luces un par medido con todos los amenos
detalles de un artífice de Bizancio, tus senos.

En tus manos un dístico de suavidad inicia
las romanzas que enseñan un modo a la caricia.

Son dos endecasílabos formidables, dos fieras
cogidas en la malla del traje, tus caderas.

A través del prestigio de las medias caladas,
tus piernas son dos ritmos del libro de las hadas.

Sí hay rimas como un pecho de paloma, sencillas
estancias pecadoras, esas son tus rodillas.

Una pareja fácil, tus pies, sabe a un idilio
que está en los encantados jardines de Virgilio.

Eres un gran tratado provechoso de estética
con reglas admirables de forma y de fonética...

Y yo, que a tales cosas soy muy aficionado,
me prometo leerlo con especial cuidado.

Sor Margarita de Tracia

Oh! Sor Margarita, natural de Tracia
para el mundo fuiste rosa de la gracia,

colegiala que hizo muchas experiencias
para hacer más tarde muchas penitencias,

modelo de raza sugestivo y bravo
de quien todo mozo fué amador y esclavo.

Hoy en el convento, gentil dogaresa,
por amor a Cristo te hiciste abadesa.

Lo dejaste todo bajo los alares
nativos: la gloria de los azahares,

el corsé de raso... No ya en los festines
regirán tu planta los raudos violines.

—Se quedó el poeta para hacer ahora
un ramo de lirios a la nueva priora.—

Todo en ti se viste de un místico encanto,
tienes todo ungido por el crisma santo:

la nuca, los dedos, la sien, la blancura
de los piesecitos hasta la cintura...

Pero tienes una, tienes una cosa
sobre el misticismo muy pecaminosa,

residuo glorioso de la antigua fuente,
lo trajiste al claustro distraidamente

para herir lo grave de los blancos lirios,
para herir lo blanco de los graves cirios,

para herir la calma, mirlo del convento
a las monjas silba ruidoso y contento

y anda echando verbos, rimas y refranes
entre las salmodias de los capellanes.

Es un punto rojo bajo el alba toca,
es la flor terrible de tu linda boca.

Esa no es de Cristo, eso fué que el Diablo
sensual a la cara te lanzó un venablo,

porque cuando rezas, entre tentaciones
incendiadas surgen tus suplicaciones,

y entre las cortinas del ara vetusta,
con ensalmos tales la Virgen se asusta.

Oh! Sor Margarita, gentil dogaresa,
que con tanto ahinco te hiciste abadesa,

cúrate esa herida, porque habrá una cosa:
que te sustituyen por escandalosa!

Figurín

Cuando paseas la finura
sugestiva de tu figura

por la avenida, bien se ve
que ya no llevas el corsé

modelador bajo el linaje
muy particular de tu traje.

Tu indumentaria es de una lisa
naturaleza muy concisa

que no consiente prenda alguna
de prominencia inoportuna

en la ascensión al ideal
de tu síntesis personal:

justo la media tenue de
seda bajo la falda que

se afirma prieta en el perfil
atentatorio del cuadril,

y nada supernumerario
—ni siquiera un escapulario—

Tengo grave inquietud por ti,
por tus divinas formas, si

no te pones un algo más
sobre tus prestigios te vas

a morir muy pronto, el calor
se te escapa del interior

y las navajas de los fríos
te van a cercenar tus bríos

antes de ejercitar tu fuero
de retraer, con un sincero

modo de elegancia muy nueva,
el traje de nuestra madre Eva.

Contrarréplica

Buenos Aires, octubre de 1926.

Señor don J. García Monge.

Mi estimado amigo:

Vez pasada le mandé una carta de Waldo Frank con aclaraciones a un concepto de Ramiro de Maeztu [1]. Cumplo ahora con el deber de remitirle una breve contestación del señor de Maeztu, publicada también en *La Prensa* de Buenos Aires. Pero, me parece inútil hacer notar a sus lectores cómo el señor de Maeztu, para procurarse una réplica fácil, no vacila en faltar a la verdad.

«Así—escribe el señor de Maeztu —Mr. Waldo Frank, con la mejor intención del mundo, me llama ensayista madrileño, lo que me parece error harto más grave que el suponer judío a Mr. Mencken».

Confieso no entender la ironía que el señor de Maeztu quiere hacer a sus colegas de Madrid. Pero recuerdo muy bien las palabras de Waldo Frank:

«Lo cierto es que mi amigo madrileño no se percató del fondo de nuestra rebelión contra el antiguo estado de cosas representado principalmente por nuestra antigua cultura de Nueva Inglaterra. El norteamericano no era seguramente antiinglés, en los tiempos de Washington y Lincoln, pero nadie lo es ahora».

Cosa muy distinta, en general, y bastante concreta lo que se refiere a una persona que se conoció en Madrid. (La carta en inglés que yo llevé a *La Prensa* decía «my friend of Madrid»).

Ahora bien, el señor de Maeztu prefiere que lo llamen ensayista vascongado «con sangre inglesa por las venas» (sic). Tiene razón. Pero no es un error de detalle atribuir a los judíos un movimiento antiinglés allá donde contribuyeron con los puritanos a formar el espíritu pioneer que caracteriza a «Nuestra América». Por lo demás, una excepción—si la hay—confirma la regla.

Le ruego la publicación de estas líneas. En tanto quedo, amigo García Monge, a sus órdenes. Muy cordialmente,

SAMUEL GLUSBERG

S/c. Rivera Indarte, 1030.
Buenos Aires. Rep. Argentina.

1 Véala el curioso en el número 22 del tomo 12 del REPERTORIO.

LISTA DE LIBROS
de autores hispano-americanos que se venden en la Adn. del "Repertorio Americano".

Poesía

Aguiar, Enrique: Jardines de Psiquis	₡ 2.50
Almafuerte: El Misionero	0.50
Argüello, Santiago: El alma dolorida de la Patria	3.00
Avelino, Andrés: Cartas a mi muerta viva	1.00
Bazil, Osvaldo: Huerto de inquietud	2.25
Bernal, Emilia: Como los pájaros	1.00
Arturo, Borja: La flauta de ónix	2.00
Cané, Luis: Mal estudiante	4.00
Cardoza y Aragón, L.: Luna-Park	2.00
Gamboa, Isaías: Flores de Otoño	1.00
Coto, Rubén: Para los gorriones (Poemas en prosa)	1.00
Guido y Spano, Carlos: Poesías escogidas	0.50
Guzmán, E A: Los poemas de la Serenidad	0.25
Hernández, José: Martín Fierro	1.25
Ivanovitch, Dmitri: La ventana y otros poemas	1.00
López de Mesa, Luis: Iola (Poemas en prosa)	1.00
Magallanes Moure, Ml: Florilegio	1.00
Martí, José: Versos	1.00
Méndez Calzada, Enrique: Nuevas devociones Líricas	4.00
Morales, Ernesto: Antología Argentina. Poetas Modernos	3.00
Olivares, José: Poesías	1.00
Rega Molina, Horacio: La víspera del buen amor	4.00
Silva, Angel Medardo: Poesías escogidas	1.50
Torres Bodet, Jaime: Biombo	3.00
Torres Rioseco, Arturo: En el encantamiento	1.00
Ureta, Alberto: Florilegio	1.00
Valdés Roig, Ciana: La fuente sonora (Poemas en prosa)	1.00
Valle, Rafael Heliodoro: Anfora sedienta	3.00

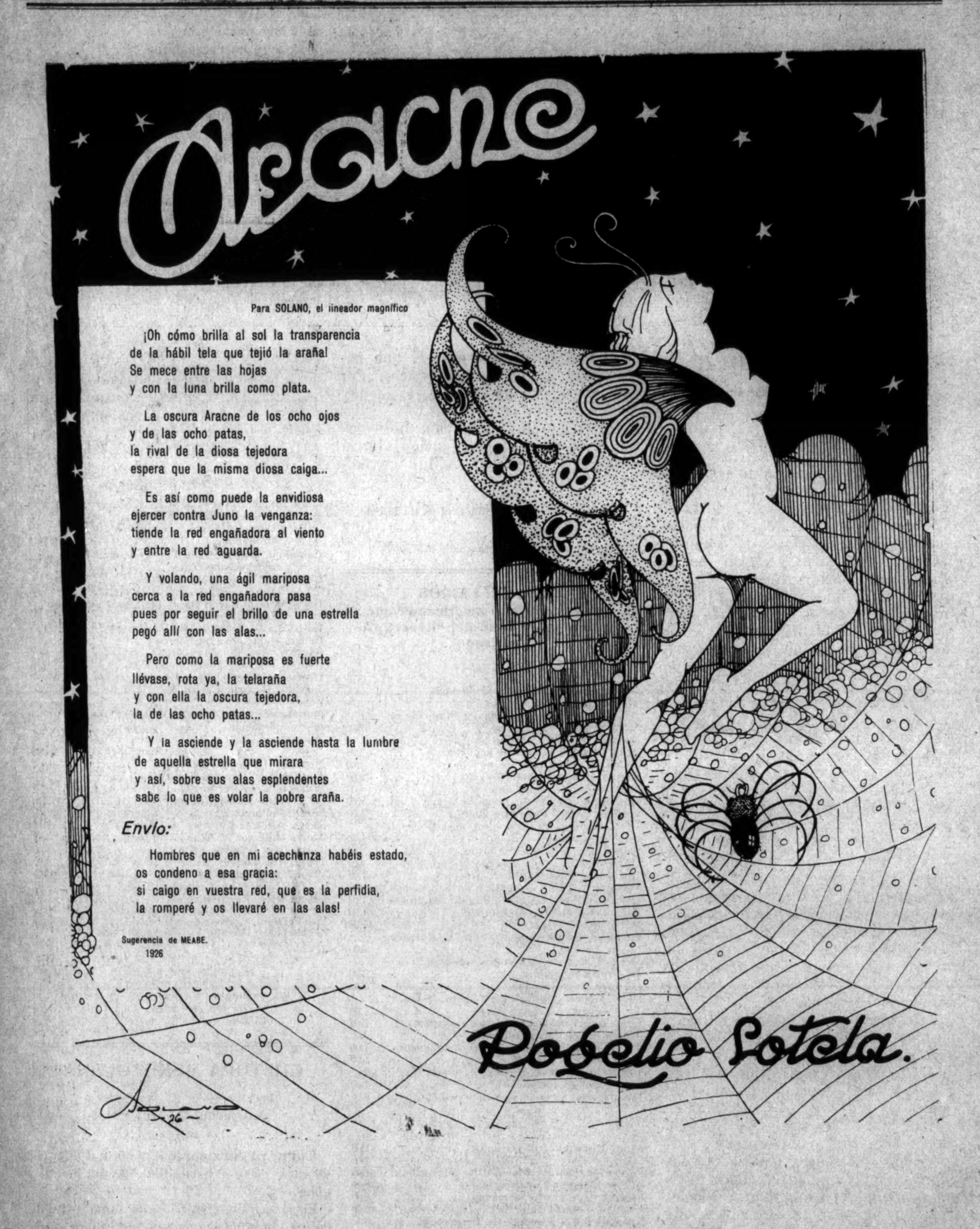
Ficción

Alfaro, Anastasio: El Delfjn de Corubicí	1.00
Chacón y Calvo, J. M.: Hermanito Menor	1.00
Fernández Guardia, Ricardo: La Miniatura	1.00
Guillen, Alberto: Corazón infante	0.25
Icaza, Xavier: Gente mexicana	3.00
Jiménez, Octavio: Las Coccinelas del rosal	0.50
Lazcano Tegui, Vizconde de: De la elegancia mientras se duerme	3.00
Magón: La Propia (Cuadros de costumbres costarricenses)	2.00
Masferrer, Alberto: Una vida en el Cine	1.00
Parra, Teresa de la: Ifigenia	6.00
Quiroga, Horacio: Los desterrados	4.00
E. Roig, de Leuchsenring: El caballero que ha perdido su señora (Cuadros de costumbres cubanas)	1.00
Tovar, Rómulo: De variado sentir	0.50
En el taller del platero	0.50
Ugarte, Manuel: Cuentos de la Pampa	1.25
Valle, Raf. Heliodoro: El rosal del ermitaño	1.00
Velazquez, Samuel: Madre	1.00

Artículos y ensayos

Abril, Mateo: Mirando vivir	2.00
Brenes Mesén, Roberto: El misticismo como instrumento de investigación de la verdad	0.50
Carbonell, Diego: Reflexiones históricas y conceptos de crítica	3.00
Chacón y Calvo, J. M.ª: Ensayos sentimentales	1.00
Darío, Rubén: Rubén Darío en Costa Rica. (Segunda serie)	1.00
Díez Canedo, Enrique: Sala de retratos	1.00
Endara, Julio: José Ingenieros	2.00
Escobar, José Ignacio: Escritos	0.50
Soto, Fernández de: Ideología Política	2.25
Hispano, Cornelio: Cesarismo teocrático	0.50
Jiménez, Ricardo: Colegio de Cartago	0.50
López de Mesa, Luis: Orientación ideológica	0.50
Mariátegui, José Carlos: La Escena Contemporánea	3.00
Masferrer, Alberto: Pensamientos y formas	1.00
Ensayos sobre el Destino	1.00
Mendoza, Daniel: El llanero	2.50
Nin Frías, A.: Páginas Escogidas	1.00
Pacheco, León: Personalidad literaria de Ventura García Calderón	1.00
Pérez, Santiago: Artículos y Discursos	1.00
Reyes, Alfonso: Cartones de Madríd	1.00
Torres Ríoseco, A.: Walt Whitmann	1.00
Torri, Julio: Ensayos y Fantasías	1.00
Tovar, Rómulo: De Atenas y de la Filosofía	0.50
Varona, E. J.: Lecturas	0.50
Con el eslabón (2 cuadernos)	2.00
Vasconcelos, José: Artículos	1.00
Ideario de acción	1.00
Vaz Ferreira, Carlos: Reacciones	1.00
Zaldumbide, Gonzalo: Vicisitudes del descastamiento	1.00

Solicitudes que no vengan acompañadas del importe correspondiente, no serán atendidas. Equivalencia: ₡ 4.00 igual a $ 1.00, oro americano. Bajo cubierta certificada o por giro postal.



Aracne

Para SOLANO, el lineador magnífico

¡Oh cómo brilla al sol la transparencia
de la hábil tela que tejió la araña!
Se mece entre las hojas
y con la luna brilla como plata.

La oscura Aracne de los ocho ojos
y de las ocho patas,
la rival de la diosa tejedora
espera que la misma diosa caiga...

Es así como puede la envidiosa
ejercer contra Juno la venganza:
tiende la red engañadora al viento
y entre la red aguarda.

Y volando, una ágil mariposa
cerca a la red engañadora pasa
pues por seguir el brillo de una estrella
pegó allí con las alas...

Pero como la mariposa es fuerte
llévase, rota ya, la telaraña
y con ella la oscura tejedora,
la de las ocho patas...

Y la asciende y la asciende hasta la lumbre
de aquella estrella que mirara
y así, sobre sus alas esplendentes
sabe lo que es volar la pobre araña.

Envío:

Hombres que en mi acechanza habéis estado,
os condeno a esa gracia:
si caigo en vuestra red, que es la perfidia,
la romperé y os llevaré en las alas!

Sugerencia de MEABE.
1926

Rogelio Sotela.

Romain Rolland



AL homenaje que, con ocasión de su sexagésimo aniversario, tributan a Romain Rolland, las inteligencias libres de todos los pueblos, da fervorosamente su adhesión la nueva generación ibero-americana. Romain Rolland es no sólo uno de nuestros maestros sino también uno de nuestros amigos. Su obra ha sido —es todavía— uno de los más puros estímulos de nuestra inquietud. Y él, que nos ha oído en las voces de Vancelos, de la Mistral, de Palacios y de Haya de la Torre, nos ha hablado con amor de la misión de la América indoibera.

A Víctor Raúl Haya de la Torre



Los hombres jóvenes de Hispano-América tenemos el derecho de sentirnos sus discípulos. Cuando en su país se callaba su nombre, en estas naciones se le pronunciaba con devoción. Y ni las consagraciones, ni las exconfesiones de París han logrado jamás modificar nuestro criterio sobre el valor de la obra de Romain Rolland en la literatura francesa. La crítica de París nos ha propuesto incesantemente otras obras; pero nosotros hemos elegido siempre la de Romain Rolland. La hemos reconocido superior y diversa de las que nos recomendaba una crítica demasiado dominada por la preocupación decadente del estilo y de la forma.

No hemos confundido nunca el arte sano de Romain Rolland, nutrido de eternos ideales, henchido de alta humanidad, rico en valores perennes, con el arte mórbido de los literatos finiseculares en quienes tramonta, fatigada, una época.

II

La voz de Romain Rolland es la más noble vibración del alma europea en la literatura contemporánea. Romain Rolland pertenece a la estirpe de Goethe, el *guter Europaer* de quien desciende ese patrimonio continental que inspiró y animó su protesta contra la guerra. Su obra traduce emociones universales. Su *Jean Cristophe* es un mensaje de la civilización. No se dirige a una estirpe ni a un pueblo. Se dirige a todos los hombres.

Pero la voz de Romain Rolland es, no obstante su universalidad, una voz de Francia. Su pueblo no puede renegarlo. Romain Rolland está dentro de la buena tradición francesa. Quienes en Francia lo detractan o lo detestan le niegan precisamente esta cualidad. Mas sus razones no prueban sino incapacidad espiritual y psicológica de entender a Rolland. Sus admiradores de América sentimos en la obra de Rolland el acento de la verdadera Francia, de la Francia histórica. Y no nos equivocamos. La obra de Rolland no es, sin duda, parisiense, pero si francesa. Máximo Gorki acierta profundamente cuando refiriéndose a *Colas Breugnon*, llama «ese poema en prosa, tan puramente celta». En *Colas Breugnon*, escuchamos un eco de la sana risa de Rabelais. Y en otros trozos de la obra de Romain Rolland, encontramos también la huella profunda de un abolengo intelectual y espiritual genuinamente francés. El admirable poema de la amistad de Jean Cristophe y Oliver, que llena tantas bellas páginas del *Jean Cristophe*, ¿no tiene tal vez su origen lejano en el más encumbrado pensamiento francés, en Montaigne? Henri Massis, el polemista reaccionario que durante la guerra acusó a Romain Rolland, a quien llama un diletante de la fe, de actuar contra Francia, es seguramente más latino que el autor de *Jean Cristophe* pero no más francés, más galo. La tradición a la que Massis se muestra fiel es, ante todo, la tradición romana.

Romain Rolland no busca en la feria del boulevard parisiense, el alma de Francia. La busca en el pueblo, en el campo, en el *village*. Francia tiene sus bases, sus raíces en la aldea. París es la cúspide de una gran pirámide. La ciudad cambia incesantemente de gesto y de pasión; la aldea conserva mejor los ancestrales de la raza. Colás Breugnon, el borgoñón instintivamente volteriano, a quien un cierto escepticismo no impide amar y gustar gayamente la vida, es un personaje representativo de la vieja Francia rural. Y Romain Rolland proviene de esta Francia. En el riente y recio Colas Breugnon evoca a uno de sus antepasados.

III

Como Vasconcelos, Romain Rolland es un pesimista de la realidad y un optimista del ideal. Su *Jean Cristophe* está escrito con ese escepticismo de las cosas que aparece siempre en el fondo de su pensamiento. Mas está escrito también con una fe acendrada en el poder del espíritu. *Jean Cristophe* es un himno a la vida. Romain Rolland nos enseña en este libro como en todos los suyos, a mirar la realidad, tal como es, pero al mismo tiempo nos invita a afrontarla heroicamente.

Gabriela Mistral ha escrito alguna vez que *Jean Cristophe* es el libro más grande de la época. Yo no sé sino que es el libro que en los últimos años ha llevado más claridad a las almas y más amor a los corazones. Traducido a múltiples lenguas, ha viajado por todo el mundo. Parece escrito sobre todo para los jóvenes. Tiene las cualidades de la obra de un artista y de un moralista. Su lectura ejerce una infuencia tónica sobre los espíritus. No es una novela ni un poema, o más bien, es, a la vez, un poema y una novela. Es, como dice Romain Rolland, la vida de un hombre. «¿Qué necesidad tenéis de un hombre?—escribe en el prefacio del octavo volumen de la obra—¿cuándo

véis un hombre, le preguntáis si es una novela o un poema? Es un hombre lo que yo he creado. La vida de un hombre no se encierra en el cuadro de una forma literaria. Su ley está en ella; y cada vida tiene su ley. Su régimen es el de una fuerza de la naturaleza».

Diferente, por su obra y por su vida, de la gran mayoría de los literatos contemporáneos, Romain Rolland nos ha dado en *Jean Cristophe* una alta lección de idealismo y de humanidad. En una época de libros tóxicos, *Jean Cristophe* se singulariza como un libre tónico. Representa una protesta, una reacción contra un mundo de alma crepuscular y desencantada. Romain Rolland nos expone así la intención y la génesis de su obra: «Yo estaba aislado. Yo me asfixiaba, como tantos otros en Francia, dentro de un mundo moral enemigo; yo quería respirar, yo quería reaccionar contra una civilización malsana, contra un pensamiento corrompido por una falsa élite; yo quería decir a esta élite: «Tú mientes, tú no representas a Francia. Para esto necesitaba un héroe de ojos y de corazón puros con el alma bastante intacta para tener el derecho de hablar y la voz asaz fuerte para hacerse oír. Yo he construído pacientemente mi héroe. Antes de decidirme a escribir la primera línea de la obra, lo he llevado en mí durante años».

Crear esta obra, crear este héroe, ha sido para Romain Rolland una liberación. Por esto, su eco, es tan hondo en las almas. *Jean Cristophe* constituye para el que la lee una liberación. El proceso de creación de este libro maravilloso se repite en el lector poseído por el mismo exaltado ideal de belleza y de justicia. He aquí el valor fundamental de *Jean Cristophe.*

IV

La completa personalidad de Romain Rolland no se deja aprehender en una sola fórmula, en una definición. Su fe tampoco. El ha escrito: «Se me demanda: decid vuestra fe. Escribidla. No. Yo no la encierro. Mi pensamiento está en movimiento, deviene, vive». Más aún: no teme contradecirse. Ninguna contradicción puede ser en él una contradicción esencial; todas son formales. Este hombre que busca incansablemente a la verdad es siempre el mismo. Dialogan en su espíritu dos principios, uno de negación, otro de afirmación. Los dos se completan; los dos se integran. Romain Rolland es el apasionado, afirmativo, panteísta e impetuoso Cristophe; pero es también el tímido, delicado, pesimista y negativo Olivier. «Yo estoy—nos dice—hecho de tres cosas: un espíritu muy firme; un cuerpo muy débil; y un corazón constantemente entregado a alguna pasión». Hace falta agregar que esta pasión es siempre alta y noblemente humana.

El espíritu de Romain Rolland es un espíritu fundamentalmente religioso. No está dentro de ninguna confesión, dentro de ningún credo. Su trabajo espiritual es heroico. Romain Rolland crea su fe a cada instante. «Yo no quiero ni puedo—declara—dar un credo metafísico. Yo me engañaría a mí mismo diciéndome que sé o que no sé. Yo puedo imaginar o esperar, pero no me limitaré jamás dentro de las fronteras de una creencia, pues espero evolucionar hasta mi último día. Me reservo una libertad absoluta de renovación intelectual. Tengo muchos dioses en mi Pantheon: mi primera idea es la Libertad». Su fe no reposa en un Mito, en una creencia. Pero no por eso es en él menos religiosa ni menos apasionada. El error de Romain Rolland consiste en suponer que todos los hombres pueden crearse su fe libremente ellos mismos. Se equivoca a este respecto como se equivoca cuando condena tolstoyanamente la violencia. Pero ya sabemos que Romain Rolland es puramente un artista y un pensador. No es su pensamiento político—que ignora y desdeña la política—lo que puede unirnos a él. Es su «grande alma» (Romain Rolland es el Mahatma de Occidente). Es su fe humana. Es la religiosidad de su acción y de su pensamiento.

José Carlos Mariátegui

(Del *Boletín Bibliográfico.* Biblioteca de la Universidad de San Marcos, Lima).

Romain Rolland y la América Latina [1]

Por VICTOR RAUL HAYA DE LA TORRE

La América Latina no ha sufrido la guerra en la carne de sus pueblos, pero su juventud ha extraído de esa inmensa tragedia una profunda lección de historia. Mientras que nuestras burguesías nacionales se regocijaban de que los oleajes de oro —precio maldito de los oleajes de sangre—viniesen a llenar sus cajas, gracias a la marcha magnífica que abría la hecatombe hacia las riquezas naturales de nuestras tierras, un espíritu nuevo agitaba la conciencia de la juventud latino-americana. Muy pronto ésta se libertó de la fascinación wilsoniana y reconoció que el que hablaba apostólicamente a Europa de paz y libertad, era el mismo hombre de gobierno en nombre del cual los pueblos indefensos de la América Latina habían sido subyugados a cañonazos y al precio de masacres incalificables en Santo Domingo, en América Central y en México. Nuestra generación descubrió las causas imperialistas de la Gran Guerra; comprendió, al ver el deslumbramiento de nuestras burguesías gozosas de su botín trágico, que la razón de tantos horrores era el sistema económico del mundo y presintió la abdicación moral de Wilson y con ella «la ruina del gran idealismo burgués que ha asegurado desde hace un siglo y medio, a pesar de todos sus errores, el prestigio y la fuerza de la clase dirigente» (Romain Rolland).

La Revolución de Rusia, «libre o liberadora» y el tratado de Versalles, «infectado de bismarckismo» marcaron las dos vías abiertas por la guerra a la conciencia del mundo. O la rebelión enérgica y justiciera contra un pasado de nacionalismo, de imperialismo, de explotación y de mentira, o la continuación de nuestros pasos por las viejas rutas de dolores infinitos. En cada uno de nuestros países formados en la escuela de la ideología burguesa de Europa, las clases dominantes veían en la guerra una exaltación gloriosa del nacionalismo, del militarismo y de los odios patrióticos. La misma fraseología de la gran prensa europea era repetida por nuestros viejos intelectuales, nuestros hombres políticos y nuestros profesores. Los hombres de la vieja generación latinoamericana no vieron en la guerra más que la afirmación de las potencias armadas y proclamaron, con más optimismo que nunca, la victoria de sus sistemas, realzados por el vocabulario de Wilson y que se esforzaron en imponer, por todos los medios, en las veinticuatro pequeñas patrias en que está dividido, gracias a nacionalismos importados, nuestro gran continente latinoamericano.

Pero la juventud sintió la voluntad heroica de salvar a nuestros pueblos del destino de los pueblos europeos. Desde 1918 resuena el grito de rebelión en nuestra nueva generación latinoamericana en oposición declarada con la vieja ideología burguesa de las clases dominantes. Viendo en las Universidades el foco de la irradiación y la mejor tribuna de esta ideología, la juventud las ataca revolucionariamente apelando a nuevas normas culturales. En todos los países latino-

(1) Este artículo de Haya de la Torre apareció en francés en el número especial dedicado por la revista *Europe* a Romain Rolland, con motivo de su 60 aniversario.

americanos ella se agita con el mismo espíritu de rebelión y renovación. Al llamamiento de la juventud, muchos de los maestros ilustres de la vieja generación, tales como Vasconcelos, Ingenieros, Palacios, Varona, vinieron hacia ella y se juntaron a sus banderas. Al mismo tiempo los hombres de ayer, los militantes del derecho, se unieron contra nosotros y la profunda separación de las dos ideologías fué marcada con sangre: en Chile, en el Perú, en Bolivia, en Cuba, en Panamá, y en muchos países de la América Latina el furor nacionalista de las clases que dominan todavía ha sacrificado numerosas vidas adolescentes bajo el pretexto de «orden y patriotismo».

Cada día más vasta, cada día más en contacto con la realidad social de nuestros pueblos, se percibe con más claridad la amenaza de conquista que viene de la prepotencia de Estados Unidos, se comprende la urgencia de destruir las fronteras que traicionan nuestro voto de unir la América Latina en una sola federación. El movimiento de la juventud que desde hace siete años manifiesta su espíritu revolucionario en Argentina, en la Universidad de Córdoba, muestra ya la fuerza de una nueva conciencia latinoamericana que se precisará cada vez más con un impulso por la justicia social y por la unidad de nuestros pueblos que queremos sustraer del abismo imperialista.

Desde el comienzo de esta lucha, desde los primeros indicios de su rebelión, la juventud latinoamericana ha sentido la solidaridad y el aliento de los grandes espíritus. La influencia del pensamiento de Romain Rolland sobre nuestras primeras reacciones es innegable. En los días de la revolución estudiantil ¿quién no ha oído resonar en los debates agitados de nuestras asambleas juveniles el nombre del autor de *Juan Cristóbal*? ¿Quién de nosotros no ha sentido el orgullo de ver lanzar contra nuestra generación los mismos insultos con que la histeria nacionalista trató de ensuciar a Romain Rolland? Pocas obras y sobre todo pocas vidas europeas son tan cercanas a la insurrección de la juventud latinoamericana. Nosotros hemos visto siempre a Romain Rolland bajo los rasgos de un admirable insurgente y cuando en 1922, Jorge Federico Nicolai llegó a la Argentina, llamado a tomar posesión de una cátedra por la revolución triunfante de los estudiantes de Córdoba, encontramos algo de la obra de Romain Rolland en la figura de «precursor» de este gran hombre de ciencia. Traducidas en nuestra lengua las obras de Romain Rolland, ¿cuál estudiante de aquellos tiempos no las apretaba bajo el brazo o no las leía a escondidas mientras el profesor explicaba Derecho Romano o Derecho Eclesiástico en las universidades pre-revolucionarias?

Pero entonces Romain Rolland ignoraba todavía la América Latina. Tal vez no conocía sino lo que la ideología burguesa hacía conocer de nuestras democracias. Los intelectuales de la vieja generación presentaban siempre a América como sometida a Europa sin que nosotros pudiéramos levantar nuestra protesta. Más tarde Romain Rolland conoció el movimiento de nuestra generación sabiendo que una vez más la sangre de la juventud insurreccionada había corrido en el sacrificio heroico que sufrió la juventud del Perú por nuestra causa en mayo de 1923. Al mismo tiempo supo que la obra de la revolución de México, tan tendenciosamente desacreditada por la prensa norteamericana, significaba una vasta tentativa social y cultural de nuestros pueblos.

Una carta de Romain Rolland [1] a José Vasconcelos, el gran profesor mexicano, fué publicada en 1924. Rolland saludaba con admirable emoción la causa de América Latina, el espíritu de su nueva generación, el deseo ardiente de salvar a nuestros pueblos del peligro de la nueva conquista. Desde entonces Romain Rolland es el gran amigo de nuestra causa, su mejor amigo en Europa preocupada e indiferente.

No he querido referirme de una manera concreta a la influencia de Romain Rolland sobre las fracciones puramente literarias de nuestra generación, porque hubiese sido particularizar el sentido de estas líneas que más que en nombre de una sección intelectual, hablan en el sentido de la vasta influencia ejercida por el revolucionario y el artista sobre la formación de un nuevo espíritu en la América Latina.

(De *Amauta*, Lima).

1 Véase el Repertorio número 2, tomo 8.

Texto del Tratado

a punto de celebrarse entre la República de Panamá y los Estados Unidos de América (1)

Panamá, Noviembre 5 de 1926.

Señor don J. García Monge.

San José.

Señor:

A Ud. me dirijo, porque conozco su gran amor por el triunfo del Latino-americanismo. Su REPERTORIO AMERICANO, *que leo con entusiasmo y fe, debe ser el breviario de todo aquel que ha tenido la suerte de nacer en la parte comprendida entre el Río Grande del Norte y la Tierra del Fuego.*

A usted me dirijo, excelente y franco amigo de Ibero-América, para que me ayude a salvar esta parte de la patria grande que nuestros dirigentes quieren estrangular sin permitirnos el derecho de protesta.

En Panamá, toda publicación tendiente a defender nuestros derechos y nuestra soberanía está condenada por el Gobierno. Los movimientos realizados para la negociación de un nuevo Tratado entre el país más poderoso de la tierra con la nación más joven y débil de América, han sido en secreto; ese secreto criminal que fué la causa de la horrible hecatombe de 1914-1918.

El infamante pacto que me hace recordar la histórica fábula del lobo y la oveja, ha sido firmado en Washington por nuestros Plenipotenciarios. Dentro de poco lo discutirá, nuestra Asamblea. El pueblo lo conoce sólo parcialmente. Con burla cruel y antipatriótica el Gobierno hizo publicar una sinopsis reuniendo allí los artículos que, según su concepto, eran beneficiosos para el país.

He logrado yo, en mi loca y atrevida desesperación por la suerte de mi patria, robarme un folleto de los cedidos a los Diputados para su estudio. Copia íntegra de ese convenio le envío en la esperanza de que usted, haciendo un esfuerzo y un sacrificio, lo publique íntegramente, consiguiendo también que otros periódicos extranjeros, amigos de REPERTORIO AMERICANO, *hagan lo mismo, para que de esta manera pueda llegar hasta el pueblo panameño la convicción íntima del peligro que lo amenaza, y pueda imponer su voluntad soberana.*

Le suplico, señor, que no desoiga mis súplicas que son los ruegos de 500,000 panameños, de cuya desgracia se lamentará toda América al verse clavada en su corazón la garra del águila del Norte.

La firma que estampo en esta carta, no corresponde a la mía. Lo hago así, señor García Monge, porque temo ser descubierto, perseguido y encarcelado por el feo delito de cariño al país donde nací. Si Dios nos ayuda a salir bien en esta cruzada de redención, le revelaré mi verdadero nombre, para luego darle las gracias en nombre de mi desgraciada Patria, y saborear el triunfo de todos.

Con sentimientos de mi más distinguida consideración, quedo de usted, su servidor y amigo,

ENRIQUE ANTONIO LEDEZMA.

Damos cabida al documento que nos remite el Sr. Ledezma. Es de suma importancia. Deben conocerlo los que en América vigilan y piensan y saben más, y dar su testimonio al respecto. El REPERTORIO AMERICANO abre el debate. Es de urgencia que ciertas cuestiones locales se conviertan en preocupaciones internacionales americanas, de modo que los desaciertos o debilidades de las comarcas chicas y aisladas no comprometan, más adelante, las posibles y diversas evoluciones de nuestra América una.

LA República de Panamá y los Estados Unidos de América deseando arreglar ciertos puntos de divergencia existentes entre ellos que han surgido con motivo del ejercicio por los Estados Unidos de derechos soberanos en la Zona del Canal por virtud del Tratado de 18 de noviembre de 1903, y deseando también, regular ciertas frases de sus relaciones futuras, provenientes de la contigüidad de la República de Panamá y la Zona del Canal, han resuelto celebrar un Tratado y en tal virtud han designado como sus Plenipotenciarios:

El Presidente de la República de Panamá a los Excelentísimos Señores Doctor Ricardo J. Alfaro, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Panamá en los Estados Unidos y Doctor Eusebio A. Morales, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Panamá en misión especial; y

El Presidente de los Estados Unidos de América, a los Excelentísimos Señor Frank B. Kellogg, Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, y Francis White, Jefe de la Sección de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado;

Quienes, habiéndose comunicado sus respectivos plenos poderes, los que han sido hallados en buena y debida forma, han convenido en lo siguiente:

Artículo I.

El artículo XV y la parte final del artículo VI del Tratado del Canal de Panamá, entre la República de Panamá y los Estados Unidos de América, de 18 de Noviembre de 1903, quedan subrogados como sigue, y las estipulaciones de la segunda parte del Artículo V quedan reformadas de la siguiente manera, en lo que respecta al método para el avalúo de los daños que se causen a los dueños de propiedades particulares:

En caso de que el Gobierno de los Estados Unidos tuviere necesidad de adquirir propiedad privada después de la fecha de este Tratado, de conformidad con las estipulaciones contenidas en el mencionado Tratado de 18 de Noviembre de 1903, dicho Gobierno dará debido y razonable aviso por la vía diplomática a la República de Panamá, ya sea por nota dirigida por el Departamento de Estado a la Legación de Panamá en Washington, o por oficio dirigido a la Secretaría de Relaciones Exteriores en la ciudad de Panamá, en que se manifieste la intención del Gobierno de los Estados Unidos de adquirir por expropiación tales terrenos o propiedades, de conformidad con las concesiones del Tratado de 18 de Noviembre de 1903, y en cada caso se considerará que el título ha pasado del dueño de los bienes a los Estados Unidos, desde el momento en que haya sido cumplida la formalidad del aviso. El Gobierno de Panamá adoptará acto contínuo las medidas necesarias para el traspaso de jurisdicción a los Estados Unidos, con la debida protección de los intereses de todos los habitantes que estén en el territorio cuya jurisdicción sea así traspasada. El valor de las tierras y propiedades particulares y el valor de los daños causados a los mismos será estimado y ajustado por una Comisión Mixta, formada por un Magistrado Principal o Sustituto de la Corte Suprema de Justicia de la República de Panamá designado por el Presidente de la República de Panamá, y el Juez del Distrito de la Zona del Canal, pero en caso de discordancia de la Comisión, los dos Gobiernos nombrarán un dirimente quien dictará el fallo. Los fallos dictados por la Comisión o por el dirimente serán definitivos. El avalúo de las propiedades particulares y de los daños causados a éstas, tendrá por base el valor de los bienes al tiempo de ser expropiados. Los procedimientos de la Comisión Mixta o del Dirimente, de acuerdo con lo estipulado en este Artículo no impedirán, demorarán ni estorbarán parte alguna de los trabajos del Canal o del Ferrocarril o de cualquiera de las obras auxiliares relacionadas con uno y otro y autorizadas por el susodicho Tratado.

Artículo II.

La República de Panamá concede a los Estados Unidos a perpetuidad el uso, ocupación y control de la parte de la Isla de Manzanillo, en el extremo Atlántico del Canal, alinderada y descrita de la siguiente manera:

Partiendo de un poste de cobre en el muelle de hormigón que queda cerca al extremo Norte del antiguo depósito de carga de la Compañía del Ferrocarril de Panamá en la ciudad de Colón, el cual está situado a 0.5 pies del frente del muelle y equidistante de ambas extremidades, siendo las coordenadas de dicho poste 9º 21' más 4682.0 pies de Latitud y 79º 54' más 3315.5 pies de Longitud; se sigue de allí al Norte 74º 15' Este es una distancia de 100.42 pies hasta un perno de hierro empotrado en hormigón en el suelo, cuyas coordenadas son 9º 21' más 4709.3 pies de Latitud y 79º 54' más 3218.8 pies de Longitud; de allí al Norte 15º 52' Oeste en una distancia 727.73 pies hasta un perno de hierro en el centro del extremo Occidental de la calle segunda, perno cuyas coordenadas son 9º 21' más 5409.02 pies de Latitud y 79º 54' más 3417.7 pies de Longitud; de allí al Norte 74º 04' Este en una distancia de 379.93 pies hasta una cruz trazada en un anillo de hierro empotrado en hormigón en la intersección de

1 Véase el REPERTORIO AMERICANO del 30 de octubre del año en curso, número 16 del tomo XIII.

las Calles Segunda y de Bolívar, siendo las coordenadas de ese punto 9º 21' más 5513.5 pies de Latitud y 79º 54' más 3052.4 pies de Longitud; de allí al Norte 15º 59' Oeste en una distancia de 210.57 pies hasta un poste de hierro en el centro de la Calle Bolívar, cuyas coordenadas son 9º 21' más 5715.9 pies de Latitud y 79º 54' más 3110.4 pies de Longitud; de allí al Norte 73º 49' Este en una distancia de 1038.11 pies hasta un poste de cobre empotrado en hormigón en un tubo de dos pulgadas, siendo las coordenadas de dicho poste 9º 21' más 6005.2 pies de Latitud y 79º 54' más 2113.4 pies de Longitud; de allí al Norte 65º 49' Este en una distancia de 315.3 pies hasta un poste de hierro colocado en el centro de Coconut Alley, poste cuyas coordenadas son 9º 22' más 86.9 pies de Latitud y 79º 54' más 1825.8 pies de Longitud; de allí al Sur 15º 54' Este en una distancia de 261.41 pies hasta un poste de hierro empotrado en hormigón en la intersección de Coconut Alley y la Calle Segunda, poste cuyas coordenadas son 9º 21' más 5883..0 pies de Latitud y 79º 54' más 1754.2 pies de Longitud; de allí al Norte 74º 11' Este a lo largo de la línea del centro de la Calle Segunda en una distancia de 179.24 pies hasta un perno de cobre empotrado en hormigón en el centro de la calle G, perno cuyas coordenadas son 9º 21' más 5931.8 pies de Latitud y 79º 54' más 1581.7 pies de Longitud; de allí al Sur 15º 56' Este a lo largo del centro de la calle G, en una distancia de 1762.7 pies hasta un perno de cobre empotrado en hormigón en la intersección de las Calles Séptima y G, perno cuyas coordenadas son 9º 21' más 4236.9 pies de Latitud y 79º 54' más 1097.8 pies de Longitud; de allí al Norte 74º 06' Este a lo largo del centro de la Calle Séptima en una distancia de 1408.5 pies, hasta un perno de cobre empotrado en hormigón en un tubo de hierro galvanizado de dos pulgadas clavado en el centro del círculo que se halla en la intersección de las Calles Séptima y K, perno cuyas coordenadas son 9º 21' más 4622.7 pies de Latitud y 79º 53' más 5749.6 pies de Longitud; de allí al Sur 15º 52' Este a lo largo del centro de la Calle K en una distancia de 755.2 pies hasta un perno de cobre empotrado en hormigón en la interseccion de las Calles Novena y K, perno cuyas coordenadas son 9º 21' más 3896.3 pies de Latitud y 79º 53' más 5543.1 pies de Longitud; de allí al Norte 74º 00' Este a lo largo de la línea central de la Calle Novena y de la línea central que se produce, en una distancia de 960 pies más o menos, hasta la línea media de la bajamar en la Bahía de Manzanillo; de allí siguiendo la dicha línea media de la bajamar en dirección Norte, Oeste y Sur hasta el punto de partida. Todos los rumbos se refieren al verdadero meridiano.

Se conviene que la Bahía de Colón estará constituída por las aguas marítimas que se extienden hacia el Oeste de la ciudad de Colón, y cuyos linderos son los siguientes:

Comenzando en la línea media de la bajamar en la Bahía de Limón, desde un perno de cobre empotrado en un mojón de hormigón, marcado «D prima» en el Mapa denominado «Anexo A», el lindero sigue hacia el Norte 78º 30' 30" Oeste hasta un punto en la bahía de Limón marcado «E» en el mapa arriba mencionado y situado a 330 metros al Este de la línea central del Canal de Panamá; de allí volteando a la derecha y siguiendo en dirección Norte la línea corre paralela a la citada línea central, a una distancia de 330 metros al Este de ella en una distancia de 660 metros, más o menos, hasta un punto en la Bahía de Limón, marcado «F prima» en el mapa arriba citado; de allí volviendo hacia la derecha y siguiendo en dirección Este y paralelamente con el citado lindero Sur, hasta un punto marcado «G» en el mapa referido; de allí con rumbo al Norte 74º 15' Este hasta un perno de cobre empotrado en el muelle de hormigón de la Compañía del Ferrocarril junto al extremo Norte del antiguo depósito de carga de la Compañía del Ferrocarril de Panamá, siendo este perno de cobre el punto de partida del lindero de Nuevo Cristóbal; de allí volteando hacia la derecha y siguiendo la línea media de la bajamar en dirección general Sur hasta el punto de partida.

Se conviene, además, que se agregarán a la Bahía de Colón las aguas marítimas situadas en la Bahía de Boca Chica o Folks River al Norte del lindero que se describe como sigue:

Comenzando en un punto de la línea media de la bajamar (que se señala con un tubo de hierro galvanizado de dos pulgadas) en la orilla Sudeste de la Isla de Manzanillo, cuyas coordenadas son 9º 21' más 466.9 pies de Latitud y 79º 53' más 3987.3 pies de Longitud, el lindero sigue con rumbo Sur exacto hacia Folks River, en una distancia de 334.9 pies; de allí con rumbo Oeste exacto en Folks River en una distancia de 1473.7 pies; de allí al Sur 38º 30' Oeste, en Folks River en una distancia de 1290 pies hacia el punto más meridional de la orilla occidental de Folks River, punto cuyas coordenadas son 9º 20' más 5170 pies de Latitud y 79º 54' más 257 pies de Longitud; de allí siguiendo la línea media de la bajamar en dirección general Norte y Este hasta el punto de partida. Todos los rumbos se refieren al verdadero meridiano.

Se conviene, además, que en la Bahía de Colón los Estados Unidos retendrán jurisdicción y control sobre todos los cables tendidos allí incluyendo sus salidas a tierra, y que tendrán el derecho de tender en la Bahía cualesquiera otros cables que consideren convenientes y de sacarlos a tierra en las orillas de la Bahía, conservando igual control y jurisdicción sobre tales cables adicionales y sus salidas.

Y se conviene, además, que el acueducto y albañales de la mencionada ciudad de Colón servirán para el uso conjunto de Colón y del área incorporada a la Zona del Canal en virtud de este Tratado, y el uso de dichos sistemas por los Estados Unidos les obligará cargar con una cuota equitativa de los gastos de funcionamiento y mantenimiento, gastos que se determinarán por las cantidades proporcionales de agua y de inmundicias que pasen por los dichos sistemas al usarse conjuntamente.

Y se conviene, además, que sin menoscabar las estipulaciones del Artículo VII del Tratado de 18 de Noviembre de 1903, los Estados Unidos dispondrán el reembolso a la República de Panamá del valor que en la actualidad tengan las expresadas obras públicas llevadas a cabo en el área incorporada a la Zona del Canal en virtud de este Tratado, siempre que tales obras hayan sido ejecutadas mediante convenios anteriores a expensas de la República de Panamá, y la cuantía de ese reembolso, a falta de arreglo directo, será fijado por la Comisión Mixta a que se refiere el Artículo I de este Tratado.

El uso, ocupación y control del área terrestre descrita en este Artículo y del área marítima situada entre la Bahía tal como queda constituída según este Tratado y el lindero septentrional de la Bahía actual, según fué determinado por la Convención de Límites entre los Estados Unidos y la República de Panamá, de 2 de Septiembre de 1914, se concede a los Estados Unidos a perpetuidad como parte de la Zona del Canal y en consecuencia las estipulaciones del Artículo III de dicho Tratado de 18 de Noviembre de 1903 tendrán aplicación allí. Para identificar mejor las áreas marítimas y terrestres descritas en este Artículo, se agrega a este Tratado un mapa heliográfico de ellas, firmado en nombre de los Estados Unidos, por los Plenipotenciarios Americanos; y por los Plenipotenciarios Panameños en nombre de la República de Panamá, el cual ha sido marcado «Anexo A».

Como compensación de la concesión hecha a perpetuidad por la República de Panamá a los Estados Unidos del uso, ocupación y control de la porción de la Isla de Manzanillo y del área marítima mencionadas y descritas en este Artículo, y de las demás condiciones de este Tratado, se conviene que el lindero permanente entre la ciudad de Colón y la Zona del Canal en la orilla occidental de Boca Chica (llamada también Folks River), será el siguiente:

Comenzando en el punto más meridional de la orilla occidental de Folks River, siendo las coordenadas de dicho punto 9º 20' más 5170 pies de Latitud y 79º 54' más 257 pies de Longitud; de allí al Sur 73º 41' Oeste en una distancia de 120 pies hasta un poste de cobre que se halla en el cordón oriental del camino de Mount Hope, siendo las coordenadas de dicho punto 9º 20' más 5136.2 pies de Latitud y 79º 54' más 372.5 pies de Longitud; de allí al Norte 16º 05' Oeste en una distancia de 794.3 pies hasta un segundo poste de cobre colocado en el cordón oriental del camino de Mount Hope, cuyas coordenadas son 9º 20' más 5899.4 pies de Latitud y 79º 54' más 592.5 pies de Longitud; de allí en dirección Noroeste siguiendo la línea del cordón oriental del camino de Mount Hope hasta su intersección con la línea de la acera sur de la Calle 14; de allí en dirección Sudoeste siguiendo la línea de dicha acera hasta un punto en el centro de la Calle de Bolívar; de allí hacia el Norte siguiendo por el centro de dicha Calle hasta unirse con otro punto situado también en el centro de ella y denominado punto «B» en el mapa marcado «Anexo A».

Todos los rumbos mencionados en este Artículo y en el mapa marcado «Anexo A» se refieren al verdadero meridiano.

Como compensación adicional de la concesión hecha por la República de Panamá a los Estados Unidos del uso, ocupación y control, a perpetuidad, de la parte de la Isla de Manzanillo y del área marítima mencionada y descrita en este Artículo, y en virtud de las otras estipuluciones de este Tratado, se conviene lo siguiente:

Los Estados Unidos emprenderán la construcción de una carretera pavimentada de Paraíso (en la Zona del Canal) por la vía Summit, Alhajuela y Cativá, hasta empalmar con la carretera de la Zona del Canal entre Colón y Fort Randolph desde un punto de este camino al Sur de la Bahía de las Minas hasta la ciudad de Portobelo, completando toda la nivelación necesaria de los caminos con un lecho de 26 pies de ancho y con un piso de hormigón de no menos de 6 pulgadas de espesor y de 18 pies de ancho en el centro, junto con todas las cunetas no necesarias y puentes de una sola vía, con resistencia suficiente para soportar una aplanadora de 15 toneladas.

Se conviene que los Estados Unidos emprenderán la construcción de las carreteras descritas en este Artículo después de que la República de Panamá haya dispuesto lo conducente a satisfacción de los Estados Unidos para reembolsar los gastos que ellos hagan en la construcción de todas las carreteras mencionadas al Norte de Alhajuela, con excepción de $ 1.250,000.00 que se conviene será el total de los gastos que los Estados Unidos sufragarán en la construcción de esta parte de la red de caminos. Se conviene, además, que el valor total de los gastos de construcción de las carreteras descritas en este Artículo y que quedan entre Paraíso y Alhajuela serán sufragados por los Estados Unidos.

(Seguirá en cuaderno próximo)

El tesoro de Irene

Para Repertorio Americano

Siempre, al volver de un viaje, nos encontramos con cambios.

Por eso no me extrañó que, al regreso del mío, Irene me dijese, tan pronto como entré a visitarla:

—Te hago saber que al fin tengo ya lo que tanto deseabas para mí.

—¿Qué es ello?

—Un novio.

—¿Es posible?—exclamé.

—Sí... No estoy ya sola en este mundo. Hay otra alma que va conmigo...

Y una gran suavidad pareció iluminar su rostro, tan inexpresivo siempre, de líneas inarmónicas, de tez un tanto cobriza y áspera.

—No sabes,—le respondí—, cuánto me alegra esta noticia...

—Lo sé de sobra—me dijo Irene, conmovida.—Por eso después de mi abrazo de saludo, es lo primero que he querido referirte.

Hubo una corta pausa en que la luz misteriosa de la felicidad volvió a transformar el rostro de mi amiga.

—Pero cuéntame—le dije—, cuéntame cómo ha sido el principio de esta bella historia. Me interesa tanto saberlo todo...

Irene, sonriendo con dulzura, tomó entre sus dedos el largo collar de perlas que le adornaba la garganta, y entrecerrando los ojos, como quien reconstruye con las manos un recuerdo tangible, me dijo:

—Fué en el tren, volviendo también de un viaje. Mi tocaya Irene me había invitado para que la acompañase al veraneo; y habíamos estado un mes en la playa, de donde regresábamos ya con los primeros soplos de setiembre. Eran las siete de la mañana. Acabábamos de instalarnos en los asientos, cuando entró al compartimiento que ocupábamos un joven moreno, de ojos grises, profundamente interesante. Colocó sus maletas en las redes, y tras de arreglar los paquetes y el abrigo que llevaba consigo, se acomodó a nuestro lado. Momentos después, el tren partía, y minutos más tarde, la conversación entre el viajero y nosotras, quedaba anudada. Él, Irene y yo éramos los únicos que ocupábamos aquel compartimiento; pudimos, pues, conversar libremente, exponiendo ideas y juicios que, por rara coincidencia, estaban en perfecto acuerdo con los de nuestro compañero de viaje. Fué aquella conversación un verdadero banquete espiritual. Nos arrebatábamos los conceptos, idénticas palabras salían a veces de nuestros labios. Los mismos gustos, el mismo temperamento, las mismas excentricidades... No volvíamos de nuestro asombro. Las horas corrían sin darnos cuenta. Pero de pronto, cuando estaba ya el sol vertical, el viajero, al oír que el silbato de la máquina anunciaba el arribo a cierta estación, se puso en pie de un salto, y dándose una palmada en la frente, exclamó con premura: «A punto he estado de seguir a lo largo, sin ver que es aquí el final de mi viaje»... Con tristeza, pero con solicitud, le ayudamos a recoger sus paquetes y maletas; y cuando ya estuvo todo reunido sobre el asiento, el joven, sacando violentamente de su cartera dos tarjetas, nos las entregó, diciendo: «Para que no se olviden de su compañero de viaje, que es ya su amigo». Y enseguida, aprestando la pluma: «Ruego a ustedes, nos dijo, que me den sus nombres; quiero conservarlos siempre en mi recuerdo». «Nuestro nombre es *Irene*, le dijimos a un tiempo, aunque el apellido es bien distinto». Apuntó lo que le dictamos, añadiendo la ciudad y las señas de nuestras casas. Y minutos después, nos estrechaba efusivamente las manos, y salía del compartimiento, llevando su equipaje. Te confieso que cuando le ví cruzar el andén y alejarse a lo largo de él, sentí que una garra me estrujaba sin piedad el corazón... Tanto fué así, que al llamarnos a comer, y después, por la noche, a cenar, casi nada probé. Mi garganta se rebelaba a tragar. Y cuando al dar las once de la noche llegamos por fin, la ciudad me pareció un desierto... Pero no, no tengo el derecho de quejarme, porque días después... Verás....

Mi amiga se puso en pie, corrió hacia su alcoba y volviendo enseguida con un cofrecillo de nogal, me dijo:

—Voy a enseñarte mi tesoro.

Y sacó de allí un montón de cartas que arrojó sobre el diván.

—Ya comprendes—añadió mi amiga—. Es la historia de siempre. No pretendo que leas estos papeles... Todas las cartas de amor dicen lo mismo, aunque suenen diferente a los oídos interesados...

Sonrió como para mecer su idilio; y luego añadió:

—Seis meses cuenta ya mi dicha... Creo que él me quiere de veras...

—¿Y su nombre?—le pregunté.

—Rafael... Rafael Dorantes.

Los labios de mi amiga, prestigiados por el nombre amado, se extendieron, sonrientes, dibujando una línea bellísima—que no tenían—. Y luego agregaron en éxtasis:

—Ha resuelto venir bien pronto... Piensa hacerme una visita...

Como si estas palabras hubieran sido la única señal que se esperaba para que la visita prometida tomase cuerpo, el criado asomó la cabeza por la puerta, anunciando con voz muy clara:

—Don Rafael Dorantes...

Un grito ahogado de mi amiga fué la respuesta a ese nombre; y enseguida el dueño de él se presentó en la puerta, pidiendo nuestra venia para entrar.

Irene salió a su encuentro. El visitante era un joven alto, distinguido, amable. Sus ojos grises, alargados, de mirada profunda, tenían singular atractivo.

Hubo las presentaciones del caso, y cuando ya cada uno de nosotros se acomodó en la butaca elegida. Rafael Dorantes dijo a mi amiga, con asombro de las dos:

—No esperaba tener el gusto de ver a usted también. Cierto que pensaba ir a visitarla a su casa; pero crea que me complace verdaderamete encontrarla aquí.

Mi amiga y yo cruzamos una mirada de sorpresa.

—No comprendo lo que dice usted —se aventuró a exclamar Irene.

Tocó su vez a Rafael Dorantes para vernos a las dos con asombro.

—Digo—repitió dirigiéndose a mi amiga—, que pensaba yo ir también a la casa de usted para visitarla. Pero me alegro mucho de encontrarla aquí.

—Esta es mi casa—afirmó la dueña de ella, con gran desconcierto.

—Pero entonces—dijo Rafael, titubeando—, ¿ya no vive aquí la señorita Irene Díaz?

—Yo soy Irene Díaz.

—¿Usted... Irene Díaz?... ¿Cuál es el nombre, entonces, de la rubia que viajaba con usted cuando yo conocí a las dos?

—Irene Soler.

El visitante, desconcertado por completo, atónito, clavó los ojos en el vacío, mientras el rostro se le encendía vivamente. En sus miradas leíamos con gran claridad cuanto estaba hilvanando. ¿Conque todas aquellas cartas que él había concebido para Irene Soler, la rubia, habían sido escritas y enviadas a Irene Díaz, la morena?... ¡Qué cosas fragua el destino!...

En el salón hubo un silencio expectante. Parecía que estábamos tomándole el pulso a la Vida. Se le oía latir...

—Comprendo todo—dijo de pronto mi amiga, dejando escapar un suspiro irreprimible—. Todo lo comprendo ya... Pero no se apene usted... ¿Quién podrá tener la culpa de esto?... Nadie.

Los ojos de Irene, clavados en el muro, me trajeron la visión del que se queda en la playa mirando alejarse el barco donde va cuánto tenía...

Rafael Dorantes, desconcertado, se había cubierto el rostro con las manos.

El silencio volvió a reinar. Eran los puntos suspensivos del drama...

Pero como se hacía preciso poner el punto final, Irene se levantó, y yendo hacia el diván donde estaban aún esparcidas las cartas de Rafael, comenzó a recogerlas una a una. Cuando ya estuvieron en orden, colocadas todas cuidadosamente en el cofre de nogal, mi amiga cerró con llave la tapa de éste, y luego, blandamente, como quien toma y transporta una reliquia, fué a depositar el arca en manos de Rafael.

—Creí que el tesoro era mío... Lo vuelvo a usted religiosamente...

La voz de mi amiga temblaba.

Quiso el visitante excusarse, explicar, decir alguna cosa; pero Irene, formulando un saludo cortés, se dirigió sin vacilar hacia el fondo del salón, y desapareció tras el cortinaje.

Entonces Rafael Dorantes, avergonzado ante mis ojos, confundido, alterado, sin saber lo que hacía, se puso en pie violentamente, y sin soltar el cofre que aun tenía en las manos, huyó por la puerta, con todo el aspecto del ladrón que acaba de cometer un hurto...

MARÍA ENRIQUETA

S/c. Lista, 66.
Madrid, España.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano*)*

Querella

Una vez, érase que se era...

Érase una niña bonita.
Le decían todos ternezas
y le hacían dulces halagos.
Tenía la niña una muñeca.
Era la muñeca muy rubia
y su claro nombre Cordelia.
Una vez, érase que se era...

La muñeca, claro, no hablaba,
nada decía a la chicuela.
«¿Por qué no hablas como todos
y me dices palabras tiernas?»
La muñeca nada responde.
La niña, enojada, se altera.
Tira la muñeca en el suelo
y la rompe y la pisotea.
Y habla entonces por un milagro
antes de morir, la muñeca:
«Yo te quería más que nadie,
aunque decirlo no pudiera».
Una vez, érase que se era...

Una vez sola en la vida se querellaron seriamente Arias y Dominica. La causa fué Delfín, el perro barbudo y travieso como un trasgo o como un gnomo. Delfín estaba ya viejo, achacoso y aquejado de reumatismo; pero, lejos de abotagarse y agriarse con la edad, el muy zarramplín consumaba nuevas picardías e inventaba marrullerías inéditas con que hacerse acariciar y querer de Dominica. Los dos niños, Arias y Bermudo, no disimulaban sus sentimientos hóstiles hacia el festivo y reumático gnomo. A Bermudo le era simplemente antipático. Veía en Delfín una criatura vanidosa, insolente, aduladora, vil y traicionera. Los sentimientos de Arias eran más complicados. Primero tenía celos de Delfín, a causa del amor que Dominica le dedicaba. Luego comenzó a experimentar una especie de temor supersticioso. Conforme Delfín se iba haciendo viejo las barbas le encanecían. No hay sino un linaje de ancianidad que no sea venerable: la de los brujos. Los brujos, cuanto más viejos más repugnantes. Esto lo sabía Arias. Se le figuraba al niño que el perro barbudo estaba animado de un espíritu consciente y perverso, que era un brujo arteramente enmascarado con inofensiva externidad de perro ratonero. Los ojos de Delfín, verdes, penetrativos y sarcásticos, hacían temblar a Arias. El temor, por último, se convirtió en odio.

Delfín, que era muy sagaz, observaba con meticulosa precaución la táctica de estar siempre pegado a las faldas de Dominica. Había aprendido por experiencia que cuando se apartaba de aquella benigna fortaleza y asilo tutelar, si daba por caso con Arias, recibía de él el más denodado puntapié. Y así, Delfín había escogido para sus picardías y travesuras las ocasiones en que Arias dormía, o bien por hallarse de mucha conversación con Dominica y Bermudo no hacía atención en otra cosa; que ya el perro barbado y galopín había observado atentamente este fenómeno.

Por el modo de mirarse Arias y Delfín, Dominica llegó a averiguar que no se llevaban bien. Un día, el viejo gnomo cayó en el regazo de Dominica, al cabo de rauda y parabólica excursión aérea. Como no es privilegio perteneciente a la naturaleza canina el de volar, Dominica no pudo por menos de pasmarse viendo que Delfín acudía hasta ella por tan sutiles y no acostumbrados derroteros. Por otra parte, Delfín no celebraba con petulantes gañidos su triunfo momentáneo sobre las leyes de la gravitación: antes venía quejándose y doliéndose tristemente, rabo entre piernas. Delfín no había volado por propio esfuerzo o antojo. El motor había sido ajeno a su voluntad e industria. Residía en el pie de Arias. Así que le cayó el perro en el enfaldo, Dominica envió su mirada en la dirección hacia donde espiaban de soslayo los húmedos y afligidos ojos de Delfín, y vió, detrás de unos matorrales de lilas, el rostro de Arias, sonriendo con fruición aviesa.

—¡Arias! ¡Arias! ¿No te avergüenza abusar cobardemente de un pobre animal indefenso?

Habló Dominica, halagando al maltrecho gnomo y poniéndose en pie, ofendida en el amor y alto concepto que a Arias profesaba.

Arias palideció. Adelantóse, rompiendo por entre la mata.

—Es un bicho que me odia, y yo le odio. Terminaré por matarlo.

—¿Qué dices, Arias? No harás tal.

—Sí haré, y ahora mismo.

Arias, embravecido y exasperado, cogió a Delfín por el cerviguillo y lo arrojó contra el muro, con toda su fuerza. El perro dió sobre la pared con la cabeza y se desplomó en tierra quebrantado y como moribundo. Desde el sitio donde yacía inmóvil, miraba a Arias con pupila resignada, amorosa y suplicante, como si le dijese: «No me importa morir. Estoy ya tan viejo... Soy una plepa. Pero ¿por qué te has ofendido conmigo? ¿Por qué me has maltratado siempre? ¿Por qué me has querido tan mal? Yo siempre te he querido, Arias, hermano de Dominica. Aún recuerdo cuando eras tan pequeño como, que no podías andar... y yo te hacía reír, y tú jugabas conmigo»,

Dominica escondió la faz con las manos, gritando:

—¡Apártate, Arias; no quiero verte! ¡Apártate, Arias; no quiero verte!

Arias no escuchaba a Dominica. Arrepentido de su arrebato, corrió a arrodillarse junto a Delfín, y con lágrimas le decía:

—¡Perdóname, Delfín, perdóname todo lo que te he hecho sufrir! ¡Esta mano con que te arrojé me cortaría porque tú vivieras...!

Su acento era tan veraz, que Delfín, reuniendo todas sus energías, movió el rabo y las orejas, significando gratitud y otorgamiento de perdón. Si Delfín perdonaba, ¿cómo no iba a perdonar Dominica? Abrazáronse los dos hermanos llorando, y se inclinaron a abrazar al descalabrado y brumado perro, que en aquellas terribles circunstancias ya no se le representaba a Arias como un brujo, sino como un santo apóstol y mártir.

Delfín no murió de aquello. Pero quedó muy desencuadernado y renco. En los últimos meses de su vida fué casi más amigo de Arias que de Dominica.

Pérez de Ayala

España.

Hermano Juan...

—Hermano Juan: ¿por qué es usted tan pobrecito? ¿Es verdad que ha sido Ud. muy rico?

—Todos hemos sido ricos en este mundo; todos lo somos. Las riquezas las llevamos en el corazón. ¡Ay del que no lleve en el corazón las riquezas!

—Hermano Juan: si ha sido usted rico, ¿cómo se puede acostumbrar a vivir tan pobre?

—Yo no soy pobre, hija mía. Es pobre el que lo necesita todo, y no tiene nada. Yo no necesito nada de los bienes del mundo.

—Pero sus riquezas, hermano Juan, ¿las perdió usted por azares de la fortuna, o las abandonó usted de grado?

—Mi pensamiento está en lo futuro, y no en lo pasado; mi pensamiento está en la bondad de los hombres, y no en sus maldades.

—Hermano Juan: dicen que usted vivía en un palacio. ¿Es verdad?

—Mis palacios son los vientos, y el agua, las montañas, y los árboles.

—Hermano Juan: ¿cuántos criados tenía usted?

—Los criados que tengo son las avecitas del cielo y las florecillas de los caminos.

—Hermano Juan: su mesa de usted era espléndida; había en ella de los más exquisitos manjares.

—Mis manjares son ahora el pan de los buenos corazones.

—Hermano Juan: usted ha visitado todos los países del mundo. ¿Habrá visto usted todas las maravillas?

—Las maravillas que yo veo ahora son la fe de las almas ingenuas y la esperanza que nunca acaba.

—Hermano Juan: no me atrevo a decirlo; pero he oído contar que usted ha amado mucho y que todas las mujeres se le rendían.

—El amor que conozco ahora es el amor más alto. Es la piedad por todo.

(Una palomita blanca volaba por el azul).

Azorín

Madrid, 1922.

Cultura de ideales

La teoría de los Samskaras

Nadie es libre, sino quien gobierna su mente.

Entre los notables pensadores hindús existe la convicción de que las impresiones con que esmaltamos la mente son suceptibles de un perfecto dominio, y que, gracias a ello, podemos renovarnos.

Esta sugestiva enseñanza, que viene a nosotros desde los venerables tiempos de Kapila, a quien según los tratadistas debemos considerar como el Padre de la Psicología, y de quien hasta los mismos Vedas hacen mención, nos dá el medio de preparar y llegar a obtener el dominio de las impresiones, sin lo cual ningún hombre podrá alcanzar la austeridad y quietud mental.

Según la teoria, que divulgamos dado su alto interés y exquisita procedencia, los pensamientos forman en la mente—comparada a la superficie de un lago, en el fondo del cual brilla nuestro Yo—pulsaciones u oleadas que la hacen vibrar, pero que al desaparecer dejan los Samskaras, las impresiones. Ellos se manifiestan al menor impulso, y cuando logran unirse hacen la costumbre.

La misma enseñanza refiere que el carácter es la suma total de estos resultados y que «según sea la oleada particular que prevalezca, así nuestro carácter toma el tono peculiar de la misma».

Por lo expuesto se deduce que el ideal supremo para todo hombre que desee purificar la mente con el noble objeto de alcanzar la liberación, consistirá siempre en tratar de impedir su identificación con los Samskaras, por ser ellos los que han establecido hasta el momento, y esto desde hace siglos, un dominio constante y perjudicial.

Ellos son los que estimulan el egoísmo y, en general, todas las tendencias groseras, inclusive las ilusiones dualistas del Bien y del Mal, que dicho sea de paso, son manifestaciones que dependen del desarrollo de nuestras mentes, pues no existen objetivamente.

Aquellos que han podido alcanzar el discernimiento consideran a la mente como el instrumento en sus manos, y han podido, por medio de la meditación, la práctica, el dominio físico y mental, sujetar los Samskaras que ejercieron su actividad. Así, sin duda alguna, van encastillando otros para el futuro.

Se necesita de una gran energía para tratar de manter en reposo a la mente; pero su ejercicio pagará con creces a quienes deseen cultivar el ideal. Va en ello la renovación, la libertad, la dicha de llegar a cosechar, como dice el Evangelio, aquello que sembramos.

Cuando la tristeza, la envidia, la lujuria, el odio y, en fin todo el resto de estos penosos impulsos lancen a la mente las oleadas de su fuerza, entonces acordémonos de los Samskaras, su influencia y trascendencia.

Jorge Cardona

San José, Costa Rica.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica